

PENÍNSULA ODISEAS

# Viajes de entreguerras

## John Dos Passos

Una visión del mundo entre la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil española



# Viajes de entreguerras

## John Dos Passos

Una visión del mundo  
entre la Primera Guerra Mundial  
y la Guerra Civil española

Traducción de Juan Gabriel Vázquez

*ediciones península*

Título original: *Journeys Between Wars*

1922, 1927, 1934, 1938 by John Dos Passos  
© renewed 1950, 1955, 1962, 1966 by John Dos Passos

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conflicencia.com](http://www.conflicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: julio de 2005  
Primera edición en este formato: mayo de 2017

© de la traducción: Juan Gabriel Vázquez, 2005

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017  
Ediciones Península,  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

LIMPERGRAF · impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B. 6.965-2017  
ISBN: 978-84-9942-606-8

# Contenido

<i>Viaje</i>	7
--------------	---

## I

### EL DESCUBRIMIENTO DE ROCINANTE (1919-1920)

1. EL ORO DEL RIN	11
2. EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA	17
3. HABLANDO EN EL CAMINO	21
4. POSADA DE LA LUNA	25
5. TOLEDO	31
6. EL MUCHACHO DEL BURRO	40

## II

### ORIENT EXPRESS (1921-1926)

1. HACIA EL ESTE	53
2. CONSTANT', JULIO DE 1921	58
3. TREBIZOND	73
4. CÁUCASO ROJO	77
5. CIEN VISTAS DEL ARARAT	90
6. DE LOS FAETONES	103
7. MOHARRAM	117
8. SOBRE LA RUTA DE LOS PEREGRINOS	126
9. BAGDAD BAHNHOF	136
10. EL PEDREGOSO DESIERTO DE DAMASCO	140
11. KIF	168
12. AVIÓN DE CORREOS	179

## CONTENIDO

### III VISADO RUSO (1928)

1. BROOKLYN A HELSINGFORS	183
2. DÍAS LLUVIOSOS EN LENINGRADO	191
3. ENTRE LOS DOS CAMINOS	201
4. NOCHES DE AGUANIEVE EN MOSCÚ	211
5. FOTO DE PASAPORTE	220

### IV INTRODUCCIÓN A LA GUERRA CIVIL (1916-1937)

1. EL PANADERO DE ALMOROX	225
2. CÓRDOBA, QUE FUE DE LOS CALIFAS	233
3. TRES POETAS	235
4. LO QUE ERA EL ÁGORA PARA LOS ATENIENSES	240
5. UN LÍDER MUERTO	244
6. LAS MARCHAS FANTASMA DE ZAPATA	251
7. LA LEY DE LA SELVA	265
8. LA REPÚBLICA DE LOS HOMBRES HONESTOS	271
9. UN MES DE PRIMAVERA EN PARÍS	293
10. POR LA COSTA HACIA EL SUR	306
11. VALENCIA-MADRID	320
12. MADRID BAJO SITIO	323
13. LA FIESTA EN LA DECIMOQUINTA BRIGADA	333
14. LOS PUEBLOS SON EL CORAZÓN DE ESPAÑA	339

## *El oro del Rin*

El viajero estaba sentado en un banco de felpa amarilla, en el café El oro del Rin, plaza de Santa Ana, Madrid, limpiando con un poco de pan las últimas manchas de salsa de un plato en cuyos bordes se acumulaba el esqueleto desmembrado de un pichón. Frente a su plato había un plato similar, que su compañero ya había pulido. Se llevó a la boca el último pedazo de pan, se bebió el vaso de cerveza de un trago espasmódico, suspiró, se inclinó sobre la mesa y dijo:

—Me pregunto por qué estoy aquí.

—¿Y dónde más?—dijo su amigo, un joven de mejillas huecas y manos lentas en cuya boca una sonrisa débil y afligida flotaba continuamente, y también él bebió su cerveza.

Al final de una perspectiva de mesas de mármol blanco, de cabezas asomadas entre cojines de felpa amarilla y volutas de humo de tabaco, cuatro mujeres alemanas tocaban *Tannhäuser* sobre una pequeña tarima. Olores de cerveza, aserrín, gambas, pichón asado.

—¿Conoces a Jorge Manrique? Ésa es una razón—continuó lentamente el viajero. Con una mano gesticuló hacia el camarero para pedir más cerveza, y agitó la otra como para limpiarse la música de la cara; entonces recitó, pronunciando las palabras con voz vacilante:

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando:  
cuán presto se va el placer,

## VIAJES DE ENTREGUERRAS

cómo después de acordado  
da dolor,  
cómo a nuestro parecer  
cualquier tiempo pasado  
fue mejor.

—Siempre la muerte—dijo su amigo—. Pero hay que seguir adelante.

Había estado lloviendo. Las luces rojas y naranjas y amarillas y verdes rutilaban sobre los limpios adoquines. Un viento frío de la Sierra silbaba en el fragor de las calles. Mientras caminaban iban hablando sobre cómo este noble castellano, cortesano y hombre de armas, se había encerrado al morir su padre, Señor de Santiago, y había escrito este poema, había creado ese tremendo ritmo de muerte que recorría el mundo como un viento. No había escrito nada más. Lo imaginaron en el patio de su mansión polvorienta de Ocaña, donde los aleros se llenaban con el arrullo de las palomas y los amplios corredores tenían vigas oscuras pintadas con arabescos bermellón, vestido de terciopelo negro y escribiendo en una mesa bajo un limonero. En la calle marcada por el sol, en la catedral olorosa de andamiajes y polvo de piedra que se construía por esos días, debió de haberse erguido un tremendo catafalco en el cual yacía, cruzado de brazos, el Señor de Santiago; en los asientos tallados del coro, los robustos canónigos entonaban el murmullo de una letanía infinita; en la puerta de la sacristía, con el resplandor de las velas destellando ocasionalmente sobre las joyas de su mitra, el obispo toqueteaba su báculo con nerviosismo, y de vez en cuando le preguntaba a su corista favorito por qué no había llegado Don Jorge. Y los mensajeros debieron de haber corrido para avisar a Don Jorge de que el servicio estaba a punto de comenzar, y él debió de haberlos despedido con el gesto grave de una mano blanca y alargada, mientras en su mente el sonido remoto de los cantos, el tintineo del freno de plata cuando piafaba su ruano, atado al espiral de una columna morisca, las memorias de cabalgatas que desfilaban con un estruendo de trompetas y un revoloteo de damasco carmesí al entrar en los pueblos conquistados, las cortesanas bailando y el ruido de las palomas en los aleros, se unían como una sucesión de cuerdas de guitarra pulsadas en una ola rítmica en la cual su vida era arrastrada al interior de este único poema en alabanza de la muerte:

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar,  
que es el morir...

Mientras entraban en el teatro, el viajero se repetía las palabras en voz baja. La orquesta tocaba una sevillana; al buscar sus asientos alcanzaron a ver, más allá de las cabezas y los hombros de la gente, a una mujer enorme que bailaba con lenta dignidad, y cuya peineta le alzaba la punta de la mantilla medio metro sobre la cabeza. Su vestido era color de rosa y bordado de encaje; debajo, el bulto de los senos y el vientre y los tres mentones temblaba con cada golpe de sus tacones diminutos sobre el escenario. Al sentarse los amigos, ella se retiró haciendo venias, como un barco aparejado en una borrarasca. Cayó el telón, el teatro quedó en silencio; la siguiente era Pastora.

Rasgueo de guitarra, rápido y seco como cigarras dentro de un seto en un día de verano. Pausas que le hielan a uno la sangre de repente, como el crujido de una rama en un bosque silencioso y nocturno. Un gitano de faja roja está tocando, repantigado en una silla de caña barata, con una cortina de carmesí desteñido a sus espaldas. Fuera de escena, unos tacones azotan el tablado, cogen el ritmo con interés tentativo, como adormilados; entonces, añadido de repente, el ruido de dedos que chasquean al compás; el ritmo se hace más lento, flota como una abeja sobre una flor de trébol. De repente, un sonido corto y templado de aire aspirado atraviesa las filas de asientos. Con el más leve taconeo, con el más leve chasquido de los dedos de una mano morena sostenida sobre su cabeza, erguida y envuelta en un chal amarillo y ceñido cuyas flores bordadas forman un manchón granate sobre un seno, hombros y muslos salpicados de verde y púrpura, Pastora Imperio entra en escena, en silencio, sin prisa.

Cómo se viene la muerte  
tan callando.

Su cara es morena y su barbilla termina en punta; sus cejas, que casi se tocan sobre su nariz, se alzan como una «A» aplastada hacia el brillo negro de su pelo; sus labios se fruncen en media sonrisa, como si reprimieran un secreto. Camina lentamente sobre el escenario con una mano en la cintura, el chal templado sobre su codo, los muslos inquietos: una pantera en su jaula. Al fondo del escenario, se gira súbitamente y avanza; el chasquido de sus dedos se hace más sonoro, más insistente; un escalofrío zumba en la gui-

tarra como una nidada de perdices espantada en un campo. Tacones rojos que golpean, amenazan,

Decidme: la hermosura,  
la gentil frescura y tez  
de la cara  
el color y la blancura,  
cuándo viene la vejez  
¿cuál se para?

Se acerca a las candilejas; su cara, las cejas juntas en el ceño fruncido, ha entrado en la sombra; el chal llamea, la flor granate sobre su seno brilla como brasa. La guitarra guarda silencio, los dedos de la mujer continúan chasqueando a intervalos con aprensión terrible. Entonces se endereza con un hondo suspiro; los músculos de su vientre se tensan bajo las templadas arrugas de seda, y ella arranca de nuevo, liviana, alegre, arrojando miradas indulgentes a la audiencia como lo haría una nodriza mirando a un niño al que sin querer ha asustado con un terrible cuento de hadas.

El ritmo de la guitarra ha cambiado de nuevo; el chal se ha soltado, el largo fleco se agita; ella camina con paso lento, con pompa, como un barco llevado al muelle para una fiesta, como una reina en plumas y brocado.

¿Qué se hicieron las damas,  
sus tocados, sus vestidos,  
sus olores?  
¿Qué se hicieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
de amadores?

Ya se ha ido, y el guitarrista gitano se rasca la nuca con una mano color tabaco mientras la guitarra descansa contra sus piernas. Enseña los dientes en un bostezo como para tragarse el mundo.

Cuando salieron del teatro, las calles estaban secas, y en el viento frío, sobre las casas, titilaban las estrellas. Sobre la acera, las ancianas vendían castañas, y niños pequeños y andrajosos voceaban diarios.

Entraron en un café y automáticamente pidieron cerveza. Esta vez los asientos eran de felpa roja y muy gastada. Alrededor había grupos de hombres barbados, apoyados sobre las mesas, sentados a horcajadas sobre las sillas, hablando.

—¿No lo sientes en los brazos? Algo repentino, tremendamente muscular.

—Cuando Belmonte le dio la espalda al toro y se fue, arrastrando el capote rojo, lo sentí.

—Un aire de arrogancia en medio de una letanía de muerte. Eso es España... Castilla, por lo menos.

—«Aire de arrogancia»... ¿Es ésa la expresión apropiada?

—A ver si encuentras una mejor.

—Para el gesto de un caballero medieval cuando arroja su guante de malla a los pies de su enemigo o una rosa a la ventana de su amada, o el que hace un arriero cuando lanza al aire un vaso de aguardiente, o el de Pastora Imperio al bailar... ¡Una palabra! ¡Tonterías!

Ambos rompieron a reír. Su amigo reía desde el fondo de la garganta, con la cabeza echada hacia atrás.

—¿Has notado lo cerca que se mantenía del ritmo de Jorge Manrique? —preguntó el viajero.

—Por supuesto. Por supuesto—gritó su amigo, riendo.

El camarero vino con dos jarras de cerveza.

—Lléveselas—gritó el amigo—. ¿Quién ha pedido cerveza? Traiga algo fuerte: champaña. Bébase usted mismo la cerveza.

El camarero era escuálido y amarillo, de ojos biliosos, pero no pudo resistir tanta risa. Simuló que se bebía la cerveza.

A través de la ventana de cristal cilindrado pasó un campesino, cantando. Su voz se detuvo en una nota profunda y vibrante, se elevó, tratabilló, resbaló por la escala y se elevó de nuevo, como un cohete, hacia un nuevo estallido de música.

—Ahí está otra vez—gritó el viajero.

Se levantó de un salto y salió corriendo a la calle. La ancha acera estaba vacía. Un viento mordiente silbaba entre las luces blancas como ojos muertos.

—Idiota—dijo el amigo entre ataques de risa, cuando el viajero volvió a sentarse—. ¡Idiota!

Llenó las copas. Su cara se veía más llena y colorada; sus labios, húmedos y muy rojos. Aquí y allá había un rizo crespo en el pelo negro de sus sienas.

Se quedaron un buen rato allí sentados, bebiendo.

Al fin el viajero se levantó, vacilante.

—No puedo evitarlo... Es tremenda, inconcebible, infinitamente importante para mí.

—Ahora sabes por qué estás aquí—dijo su amigo en voz queda.

Tras salir del café bajaron por una calle de arcadas; caminaban con paso veloz, para evitar tambalearse. Las cúpulas, las fachadas de volutas barrocas, una torre cuadrada, el bulto de un edificio de mercado, techos de teja, sombreretes, mordían el cielo estrellado a derecha y a izquierda, hasta que, en medio de una gran ráfaga de viento, los amigos salieron a una plaza vacía iluminada por unas pocas lámparas de gas; frente a ellos había un arco de piedra, pesado y lleno de estrellas, sobre el cual se expandía Orión. Bajo el arco, una pila de harapos pedía limosna quejumbrosamente. El tintineo de las monedas crujía en el aire frío.

—¿Adónde va este camino?

—A Toledo—dijo el mendigo, y se puso de pie. Era un hombre viejo, barbado y maloliente.

—Gracias... acabamos de ver a Pastora—dijo con desenfado el viajero.

—¡Ah, Pastora! La última de las grandes bailarinas—dijo el mendigo, y por alguna razón se santiguó.

El camino helado crujía como seda bajo sus pies.

—Vamos a Toledo. Te apuesto que tienen buen vino en Toledo—dijo el amigo.

El camino se encorbaba sobre una colina. Al girarse vieron Madrid recortado sobre la oscuridad contra la luz de las estrellas. Ante ellos, llanuras sembradas, barrancos llenos de niebla y las luces trémulas sobre tantos carros que avanzaban sin apuro, cada uno detrás de tres mulas lentas y tintineantes. Cantó un gallo. Y en ese instante, súbitamente, una voz estalló en un trémolo arrogante desde la oscuridad del camino, se elevó, se elevó, luego se hizo débil, luego destelló con vehemencia como una bufanda roja ondeada en un día de viento, como el descenso de un halcón en picado, como un cohete irrumpiendo en las estrellas.

El viajero caminaba con la mirada fija en el camino. En la oscuridad podía ver a Pastora, envuelta en el chal amarillo con aquel manchón de bordado granate que moldeaba un seno, pararse trémula de aprensión ante las candilejas, y enseguida tomar aliento y regresar con gesto exultante al ritmo de su baile. Tan sólo el instante culminante y victorioso del gesto le resultaba borroso. Caminaba con paso largo sobre los traquidos del camino.